



MUCHACHAS CON COJINES

Recuerdo con detalle cuándo empezó todo. Fue en el Metro, en la línea Sun-Four Ways; yo había cogido un asiento cuando en la estación de Saint Bernard entró en el vagón una muchachita rubia, muy joven, pero ya en avanzado estado de gravidez. Sin dudarlo un instante me levanté para cederla el sitio, aunque me sorprendió un poco la sonrisa burlona de la futura mamá.

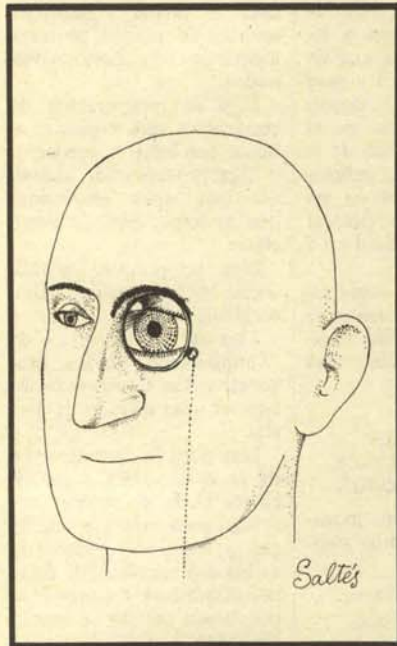
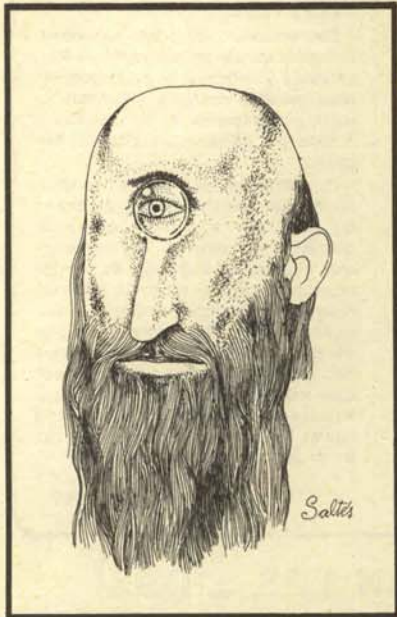
Unos días más tarde vi en Great Way Street otra futura madre, también muy joven, cargada de paquetes, y con la cortesía que me caracteriza y aunque llegaba tarde a trabajar, me brinde a llevarla los paquetes hasta su casa.

Otro día cedí el taxi a otra madre en ciernes y más tarde empujé el coche averiado de una señora en avanzado estado de buena esperanza. Juro que todo con el más puro desinterés, hasta que un amigo me abrió brutalmente los ojos a la realidad: me habló de la moda del cojín pre-mamá —al parecer estamos en plena era hegemónica del cojín— y del uso indiscriminado de vestidos de estilo similar y de que este es el motivo de que se vean mujeres pseudoembarazadas por todas partes.

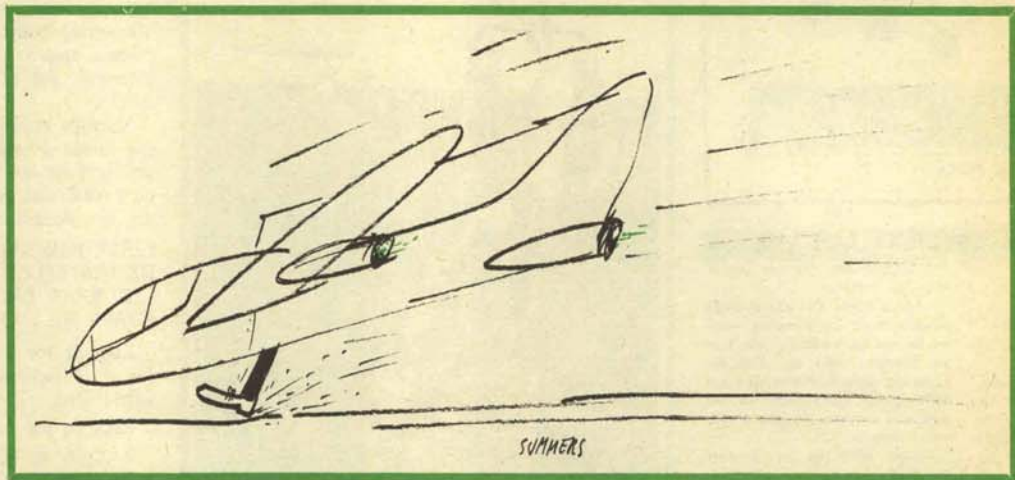
Aquella tarde, cuando esperaba la larga fila para sacar las entradas del cine, se me acercó una individuo aparentemente de siete meses, rogándome que la sacara dos butacas de patio. Rojo de justa indignación y sin decir palabra, la solté un patadón en el cojín. Pero esta vez no era un cojín...

Y mientras escribo esto espero la llegada del verdugo que me va a ahorcar al amanecer en nombre de la corona.

¡Hay que fastidiarse para lo que han quedado las coronas!



ELE



¿QUE SOMOS, DE DONDE VENIMOS, A DONDE VAMOS?...



Con un cinismo impropio de su sexo, aún hay hombres que siguen preguntándose «¿Qué soy, de dónde vengo, a dónde voy?». De sobra saben esos seres qué son de dónde vienen y a dónde parece, irremediablemente, que irán. Sólo un imbécil integral o alguien que haya perdido totalmente la memoria puede todavía hacerse tales preguntas.

Y es que carece de todo sentido seguir comportándose como un ser medieval. Por aquel mediodía de los tiempos esta incógnita era considerada como un signo de buen tono social. En cualquier fiesta palaciega podía escucharse «¿Qué soy, de dónde vengo, a dónde voy?» infinidad de veces. Era la frase de moda. Los caballeros cruzados vivían bajo la amenaza de

un destino incierto. Realmente, nunca llegaba a saberse con antelación cuándo sobrevendría la próxima Cruzada contra el infiel. Y en cuanto al pasado, sólo lo conocían de una forma más bien parcial, incapaces como eran, con su miopía medieval, de abarcar la información sobre todo el campo de batalla. Por otra parte, tampoco sabían qué eran. Les faltaban medios y aún no habían sido inventados los «curriculum vitae».

Pero en la actualidad es raro que ocurra algo en el más remoto lugar del mundo que no se sepa, en menos de media hora, en el otro extremo. La telecomunicación ha vaciado de todo sentido esa frase. Ahora un «marine» americano que lucha por la conservación de los valores impercederos en Vietnam si que sabe a cada momento qué es, de dónde viene y a dónde va. Para poder resistir la emoción de este conocimiento suele entregarse a las drogas.

Hoy basta un espejo, un mal sueño y una consulta a las computadoras del Pentágono para saber en el acto qué somos, de dónde venimos, a dónde vamos (Por este orden). JACK

